

Autonomía moral para las mujeres: Un reto histórico

Por ESPERANZA GUISÁN

Santiago de Compostela

Se diría que una vez conseguidos determinados logros en el plano legal, como la igualdad jurídica de ambos sexos, el feminismo se ha quedado sin objetivos claros y navega a la deriva en busca de discriminaciones o abusos de algún tipo que justifiquen su supervivencia.

Sin embargo, si nos tomamos el movimiento feminista en serio y respetamos el espíritu de sus inspiradoras e inspiradores, nos encontramos con que la regeneración moral de las mujeres y su autonomía personal —que eran objetivos prioritarios para el feminismo histórico¹— distan mucho, en general, de haber sido alcanzados.

La visión casi grotesca de la mujer “triunfadora” que presentan determinados medios de comunicación, que alcanzan enormes tiradas o disponen de millonarias audiencias, nos hacen reparar en que las diferencias entre una cortesana o una geisha de antaño y una azafata de televisión, o una “estrella” de cine de hoy en día son cuestión solamente de cambio de ropaje y de lenguaje expresivo, pero que el mensaje que se transmite de disponibilidad del cuerpo femenino para el deleite de los varones, o la desestimación en la vida privada, e incluso en grandes sectores de la pública, del talento creativo y el desarrollo de la inteligencia de las mujeres, o de su autonomía personal y moral, siguen siendo las importantes lacras morales que llevaron a muchos seres

1. “Women who are taught... to acquire manners rather than morals”, es una apasionada e importante denuncia a cargo de Mary Wollstonecraft respecto al estado moralmente degradado de las mujeres en el s. XVIII (*Vindication of the rights of women*, primera edición 1792, en Pelican Classics, Middlesex, England, 1978, pág. 222).

humanos, mujeres en particular, a militar dentro de formas varias de feminismo.²

Es por ello que pensar que el feminismo es prescindible hoy en día es tan peligroso e inoportuno como pensar, por otra parte, que no necesita una seria y urgente revisión y reformulación filosófica en base a los objetivos y metas que le dieron vida con movimiento emancipatorio.

Para empezar sería necesario un análisis esclarecedor que discerniera y diferenciara la serie de reivindicaciones distintas, e incluso contrapuestas que pueden cobijarse bajo la rúbrica del "feminismo". Convendría continuar por adjetivar las diversas corrientes feministas, de modo que cada una de ellas destaque sus valores y premisas prioritarios.

El feminismo de la autonomía individual, no meramente de la emancipación global de un colectivo, es el que me atrevo a sugerir como filosóficamente más relevante y éticamente más defendible.

Por supuesto, va de suyo, que la autonomía individual no puede lograrse de modo individualista e insolidario, ni siquiera dentro de un solo colectivo. Sobre este particular, aunque no en otros sentidos, comparto la tesis, por lo demás excesivamente economicista de Sheila Rowbotham, relativa a que la liberación de las mujeres, de cada mujer en particular matizaría yo, no puede llevarse a cabo aisladamente como si de un problema singular y único se tratara³, sino que dicha liberación colleva una serie de luchas paralelas en frentes distintos, no necesariamente sólo en el mundo laboral, como la autora indicada parece implicar.⁴

Personalmente pienso que nunca se hará suficiente énfasis en que el feminismo implica, por encima de todo, una demanda moral, relativa a la deseabilidad de que las mujeres, y por supuesto los hombres, devengan seres autónomos con capacidad de decisión personal, ilustrada e imparcial, desarrollados plenamente, con independencia de su estatus social, económico, su pertenencia a un sexo o un grupo determinado.

Esta demanda de autonomía moral implica, pero no se agota en, el sentimiento de auto-estima, que ha sido destacado recientemente por Gloria Steinem como uno de los factores determinantes de la emancipación feme-

2. En MARY WOLLSTONECRAFT puede apreciarse toda la indignación moral que a las pioneras del feminismo les produce el que se rebaje a la mujer a un puro objeto "complaciente": "those books which tender... to degrade one-half of the human species and render women pleasing" (Ibid., pág. 104).

La persistencia en nuestro tiempo de tal estado de cosas puede verse en la enérgica denuncia de BARBARA GORDON acerca de la predilección del varón contemporáneo por la mujer "adoradora":

"It wasn't merely or totally a matter of flesh or money. Now I knew about some men's need for adoration" (*Jennifer Fever*, Fontana, William Collins, Glasgow, 1989, pág. 301).

3. "A feminist movement which is confined to the sepecific oppresion of women cannot in isolation end explotation and imperialism" (SHEILA ROWBOTHAM: *Women's consciousness, Man's World*, Penguin Books, Middlesex, England, 1975, págs. 123-124).

4. Ibid, págs. 124-126.

nina⁵. En rigor se trata de la propia auto-estima llevada a sus últimas consecuencias que implican la autodeterminación moral, el auto-respeto, y el auto-diseño de los peculiares modos de vivir nuestro rol social.

En lo que sigue trataré de contestar con más o menos amplitud y profundidad a tres importantes interrogantes respecto a la demanda *moral* primordial de los movimientos feministas:

I. ¿Es la autonomía moral un valor importante con vistas a la felicidad profunda y la gratificación de cada mujer en particular?

II. ¿Es realizable fácticamente dicha autonomía moral?

III. ¿Es beneficiosa y relevante la autonomía de las mujeres para la otra mitad de la raza humana?

I. ¿ES LA AUTONOMIA MORAL UN VALOR IMPORTANTE CON VISTAS A LA FELICIDAD PROFUNDA Y LA GRATIFICACION DE CADA MUJER EN PARTICULAR?

Desde los supuestos axiológicos que han inspirado la filosofía en general, no sólo la filosofía jurídica, moral y política, desde Sócrates para acá, ser uno mismo y escuchar la voz del *daimon* particular ha sido la tarea humana por excelencia y la fuente al propio tiempo de la vida moral y la vida feliz. Epicuro llegó a afirmar que aún en el potro del tormento el sabio es más feliz que el ignorante⁶ aunque Aristóteles había matizado la necesidad de ciertos bienes materiales para lograr la eudaimonía o bienestar psíquico.⁷

Por supuesto que la emancipación de la mujer, la búsqueda de su identidad particular como individuo es un proceso complejo que precisa de toda una serie de transformaciones sociales, económicas, educativas y de todo tipo.

El derecho a igual salario, la igualdad de oportunidades con relación al varón, en el mundo del saber o del hacer de la teoría o de la praxis, no son sino momentos particulares en una lucha sin tregua que, como tendré que insistir, ha de ser librada al unísono desde una pluralidad de frentes.

Sin embargo, dicha pluralidad de frentes, que conlleva, a su vez, una pluralidad de objetivos, no debe ocultarnos, sino desvelarnos, el orden de las prioridades.

5. GLORIA STEINEM: *Revolution from within, - A book of Self-Esteem*, Little, Brown and Company, Toronto, London, Boston, 1992.

6. *Acerca del Sabio*, D.L. X, 117-121.

7. ARISTOTELES: *Etica a Nicomaco*, 1178b.

Ser una persona individual, una mujer única e irrepetible, es lo que late tras la lucha por la emancipación femenina desde sus orígenes⁸, como latía tras las denuncias marxistas acerca de la injusta apropiación de los medios de producción una llamada a la emancipación moral de la clase trabajadora y la humanidad en su conjunto, aunque muchos supuestos y supuestas seguidores del marxismo y el feminismo no han alcanzado jamás el sustrato último de las demandas de sus respectivos credos.

La superficialidad de algunas seguidoras y algunos seguidores de los movimientos marxistas o feministas sólo suele ser igualada, e incluso superada, por algunos detractores de estas doctrinas, que con la misma ignorancia e inoportunidad tachan a la filosofía marxista de doctrina “materialista” que no tiene en cuenta la dignidad humana, o acusan al feminismo de ser una teoría de mujeres resentidas que intentan “arrebatar” a los varones sus derechos “naturales”, infiltrándose, al parecer indebidamente, en parcelas de poder económico o político que antaño estaban vedadas a las féminas.

Por supuesto que, sino queremos caer en un angelismo estéril e ingenuo, tendremos que admitir que las conquistas morales que el feminismo se propone desde sus orígenes serían impensables sin las conquistas pertinentes en el ámbito laboral, jurídico, económico y político.

Pero, habrá que seguir insistiendo, la equiparación de la mujer al varón a nivel jurídico, económico, etc., es sólo una condición necesaria pero nunca suficiente para su liberación más profunda que supone el encuentro con su individualidad, y el abandono del estado de dependencia infantil con relación a las autoridades establecidas.⁹

Ocurre, sin embargo, que los bienes más preciados no se nos presentan muchas veces *prima facie* como los más necesarios, ni siquiera los más apetecibles.

Nora, la protagonista de Casa de muñecas de Ibsen constituye el paradigma de la mujer sometida y contenta con su suerte, hasta que descubre, en un acto final desgarrador y esperanzador a un tiempo, que nunca ha sido ella misma, que nunca ha elaborado sus propios pensamientos,

8. Véase el lamento por la individualidad no permitida de LADY WINCHILSEA (1661-1720).

“Qué hundidas estamos!. Hundidas a causa de unas leyes equivocadas que tergiversan más a las de la educación que a las leyes de la naturaleza; privadas de toda posibilidad de cultivar nuestras mentes no se espera de nosotras más que seamos insulsas y a eso se nos destina; y si alguna descuella por encima de las demás impulsada por una más viva fantasía, o por la ambición, la reacción del bando opuesto es tan impetuosa que la esperanza de triunfar nunca es tan fuerte como el miedo. A unos pocos amigos canto mis penas, porque los laureles no fueron destinados para mí” (LADY WINCHILSEA, en AURELIA MARTIN: *Antología del feminismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pág. 30).

9. En este sentido es hermosa e inteligente la réplica de MARY WOLLSTONECRAFT a ROUSSEAU:

“Educate women like men, says ROUSSEAU, and the more they resemble our sex the less power they will have over us”. This is the very point I am at. I do not wish them to have power over men but over themselves” (*Op. cit.*, pág. 154).

sino que éstos le han sido dictados por las autoridades religiosas, por su esposo, por los varones en general.¹⁰

La gravedad moral de la situación de Nora, sin embargo, no habría variado demasiado si sus pensamientos le hubieran sido dictados por autoridades religiosas o políticas femeninas, por una compañera de sexo lesbiana, o por las mujeres en general. Lo que es grave moralmente respecto a Nora, como respecto a cualquier ser humano de cualquier sexo, o de cualquier tendencia sexual, es el estado de heteronomía moral en que se encuentre, por decirlo con Piaget o Kohlberg.

Lo que John Stuart Mill ha criticado respecto a la carencia de voz propia en los asuntos públicos podría ampliarse a la carencia de voz propia en los asuntos públicos o privados que a cada cual conciernen.

El dictador benévolo, o la dictadora benévola, podríamos añadir, no podrían jamás proporcionarnos una felicidad profunda, ni atender a nuestras demandas más personales. Como Mill ha sugerido en *Considerations on Representative Government*, el bien más valioso, el que proporciona mayor bienestar y felicidad es la capacidad de autodeterminación, la autonomía, la individualidad moral.¹¹

Precisamente es esta individualidad moral la que ha sido secularmente denegada a las mujeres, cuya misión, según denunció Mary Wollstonecraft, había sido limitada a un supuesto estado de inocencia que suponía la permanencia en el estadio infantil.¹²

Afirmaciones como las de Concepción Arenal: “Queremos la independencia de la dignidad, la independencia moral de un ser racional y responsable”¹³, han sido más bien escasas y tardías, a causa del chantaje afectivo y de todo tipo a que se veía sometida la mujer-niña, que a cambio de su inmadurez moral podía conseguir satisfacer sus antojos, caprichos y sueños más pueriles, a modo de “compensación” a su degradación moral como ser humano carente de voz única y propia.

Las carencias femeninas, que el feminismo delata, no deben ser confundidas, en ningún caso, con la concreción de algunas demandas relativas a derechos positivos, regulaciones salariales, etc. por más que éstos sean necesarios prerequisites para una vida humana moralmente digna.

Lo que las feministas clásicas demandan con más fuerza es que se libere a la mujer de la postergación moral en que se encuentra ya que, co-

10. *Casa de muñecas*, Austral, 81, ed., 1972, final del último acto.

11. Idea que también aparece destacada en *On Liberty* (1859), especialmente en el Cap. III: “Of individuality as One of the Elements of Wellbeing”.

12. *Op. cit.*, pág. 153.

13. “Virtue is sacrificed to temporary gratifications, and the respectability of life to the triumph of an hour” *Ibid.*, pág. 125.

mo lo expresa Concepción Arenal: "En el orden moral la mujer se encuentra rebajada, porque no se puede separar la moralidad de la inteligencia".¹⁴ Emilia Pardo Bazán expresa con pasión y contundencia los *desiderata* de las grandes inspiradoras y los grandes inspiradores del feminismo clásico:

"Aspiro, señores, a que reconozcáis que la mujer tiene destino propio; que sus primeros deberes naturales son para consigo misma, no relativos y dependientes de la entidad moral de la familia que en su día podía constituir o no constituir; que su felicidad y dignidad personal tienen que ser el fin esencial de su cultura".¹⁵

Lamentablemente hay que constatar que, a pesar del tiempo transcurrido desde que las pioneras del feminismo mostraron su malestar moral, las demandas de libertad positiva, creatividad, originalidad, son todavía escasas entre los miembros femeninos de la raza humana.

Lo que es más lamentable, por paradójico que resulte, es que incluso los movimientos feministas, en una buena medida, y a pesar de su indudable buena fe, sofocan, contra todo pronóstico, y contra sus propios designios e intereses, una liberación que tiene que llevarse a cabo, al mismo tiempo, en colectivo y en solitario.

Por razones comprensibles para quienes estén familiarizados con el espíritu antigregario de la filosofía desde sus orígenes, que ha apostado siempre por apartarse de los caminos trillados, la opinión común, la *doxa*, no se puede liberar una mujer particular como de hecho se liberan las otras mujeres, dado que ella, es en sí misma, única e irrepetible, solidaria desde su soledad irrenunciable con otros seres humanos solitarios y solidarios.

Por supuesto que hay que cambiar mediante la acción conjunta actitudes, comportamientos sociales e incluso lingüísticos, por lo que los colectivos feministas, más críticos, más ilustrados que lo han sido en general, hasta el presente, tendrían una importante tarea que cumplir.

Pero el reto del feminismo filosófico es ir más allá de la exposición y denuncia de discriminaciones sociales, laborales, legales, etc., para profundizar en las *causas* que han propiciado un sometimiento más o menos "voluntario" de las féminas a través de la historia.¹⁶

Convengo con Mary Wollstonecraft en que el problema básico y central del "segundo" sexo es un problema moral, y su principal carencia la

14. La mujer del porvenir, Cap. V, citado en AMALIA MARTIN, *op. cit.*, pág. 131.

15. "La educación del hombre y la mujer. Su relación y diferencia" (16 de Octubre de 1892), en AMALIA MARTIN, *op. cit.*, pág. 152.

16. "Men do not want solely the obedience of women, they want their sentiments... they have, therefore put every thing in practice to slave their minds" (J. MILL: *The Subjection of Women*, en *Collected Works*, XXI, University of Toronto Press-Routledge and Kegan Paul, 1984, pág. 271).

falta del sentido de la dignidad personal y el autorespeto, por haber sido condenadas las féminas al estado de “esclavas” o de déspotas¹⁷, sometidas al amor o la lascivia (love or lust).¹⁸

Por supuesto que no hace falta decir que pese a la “travesura” masculina de presentar a la mujer como inherentemente “mala”, inductora al pecado original y a todos los males y vicios, no hay nada natural ni consustancial al ser femenino que haya determinado su degradación moral pasada o presente.

La división y diferenciación de *roles* entre “padre” y “madres” relegando, por razones varias, a los miembros del sexo femenino de la raza humana al ámbito de lo privado exclusivamente durante siglos han producido dentro de este colectivo los vicios, y también, como no, las virtudes, propias de animales domésticos y domesticados.

A modo de inciso convendría destacar que algunas “virtudes femeninas” no son en absoluto despreciables (como es el caso de una mayor capacidad de cuidado, un espíritu más cooperativo que el normalmente depredatorio masculino¹⁹) si bien todos los fascismos y las leyes del mercado las han marginado como impropias de la virilidad masculina, a veces confundida con la mera fuerza bruta.

El resultado, por tanto, de la separación de funciones y roles entre “varones” y “mujeres” no sólo ha producido un “segundo” sexo moralmente degradado e infantilizado, inseguro de sí mismo, sino un “primer” sexo embrutecido, voraz, competitivo y con otras diversas lacras morales igualmente destacables²⁰ de las que será preciso hablar en el último apartado de esta trabajo.

Como Mill había indicado respecto a los asalariados y los empresarios, toda relación de sometimiento entre seres humanos degrada a ambas partes y a ambas partes daña²¹, por lo que se hace preciso, com insistiré más adelante, proceder a la liberación conjunta de los dos sexos humanos históricamente malparados desde una perspectiva ética.

17. *Op. cit.*, pág. 144.

18. *Ibid.*, pág. 110.

19. Sobre este tema, muy debatido en la teoría feminista contemporánea, véase entre otros, el trabajo de N. NODDINGS: *Caring: A Feminine Approach to Ethics and Education*, University of California Press, Berkeley, 1984.

20. Véase la aportación de MARY DALY: *Gyn/Ecology: The Meta-Ethics of Radical Feminism*, Beacon Press, 1978.

21. “En la etapa actual del progreso humano... no es de esperar que pueda mantenerse para siempre la división de la raza humana en dos clases: patronos y obreros. Esta relación es casi tan poco satisfactoria para el que paga el salario como para el que lo recibe” (J.S. MILL: *Principles of Political Economy* (1848), Libro IV, cap. VII. “The Future of the Working Class”, versión cast. de TEODORO ORTIZ, Fondo de Cultura Económica, México, 1943, pág. 649.

Cualesquiera que sean los “daños” sufridos por los varones, lo que resulta innegable es que a la práctica generalidad de las mujeres les fué denegada su individualidad, elemento imprescindible de todo bienestar humano, como Mill ha destacado con fuerza²², siendo engañadas, como criaturas imbéciles con agasajos, galanteos, obsequios, y regalos que sólo podrían complacer a seres con mentes prácticamente atrofiadas.

Por supuesto que ni la individualidad, ni la autonomía moral son bienes tangibles fácilmente detectables o reivindicables, pero, como Betty Friedan ha destacado, su ausencia y carencia nos provoca una angustia enfermiza, un problema sin nombre, que no cesa hasta que comenzamos nuestra emancipación nombrando los bienes ausentes.²³

El problema del valor de la autonomía moral, por lo demás, entronca con la adopción de una ética del bienestar que incorpore, como en el caso de la ética de Griffin²⁴, elementos propios de las éticas de la excelencia.

Cuando no nos conformamos con las libertades meramente negativas, sino que exigimos, también, para nuestra satisfacción personal profunda, la libertad no sólo de defender los ideales que apoyamos sino de confeccionarlos y elaborarlos por nosotras mismas, cuando nos preguntamos por la conveniencia no sólo de contar con leyes que nos protejan, como si de seres pasivos se tratara, tales como los animales no humanos o el medio ambiente, sino de elaborar nosotras también leyes que protejan a todos los seres humanos e incluso todos los seres vivientes, comenzamos a saborear el fruto prohibido a las hembras humanas.

Es entonces, tan solo, cuando nos percatamos de que somos seres adultos, con capacidad de recrear las leyes, las costumbres, cambiarlas y mejorarlas, cuando nos sentimos arrojadas y defendidas por nosotras mismas, en cuanto defensoras de la humanidad y del planeta tierra. Entonces aprendemos una forma inédita y apasionada de gozo y comprendemos que el no haber comprendido estos “pequeños detalles” a lo largo de la historia ha sido la más eficaz de las armas que se ha utilizado para mantenernos en una servidumbre “consentida” que, irónicamente, se vivía incluso dentro de la más espléndida opulencia.

II. ¿ES REALIZABLE FACTICAMENTE LA AUTONOMÍA MORAL FEMENINA?

Carol Gilligan ha demostrado no sólo que la autonomía moral femenina es factible, sino que es un hecho, si bien difícil de detectar y que tiene lugar de un modo peculiar y ditinto a como se da habitualmente

22. *On liberty* (1859), Cap. III, Pelican Classics, Middlesex, England, 1974, págs. 119 y ss.

23. BETTY FRIEDAN: *The Feminine Mystique*, Penguin Books, Middlesex, England, 1972, págs. 13 y ss.

24. *Well-being*, Clarendon Press, Oxford University Press, 1989.

entre los varones²⁵, teoría que considero sugerente y en cierta medida plausible, a pesar de algunas inteligentes críticas en contra a cargo, entre otros, de Jean Grimshaw.²⁶

De acuerdo con Gilligan, la razón por la que el modelo de Kohlberg no detectara mujeres situadas en el nivel post-convencional se debía, sin duda, a que el modelo de autonomía moral que estaba siendo utilizado respondía a una concepción "masculina" de la autonomía, basada más bien en el razonamiento formal, dentro de un marco de justicia puramente procedimental, que en un razonamiento ético que reclamase, una concepción sustantiva de la justicia y que tomase en cuenta no sólo las condiciones y requisitos a cumplimentar por las decisiones a tomar sino, al mismo tiempo, sus consecuencias.²⁷

La ética del cuidado propio y ajeno, genuinamente femenina según Gilligan, aparecía así no sólo como explicativa de un desarrollo moral de las mujeres particular y específico, en contra de nuevo del parecer de Jean Grimshaw²⁸, sino, al mismo tiempo con un interesante producto de la cultura femenina, que debía ser integrado en la cultura moral masculina, ya que mientras que "una ética de la justicia (masculina) procede de la premisa de igualdad... una ética de cuidado se apoya en la premisa de la no violencia: que no se debe dañar a nadie... Este diálogo entre imparcialidad y cuidado no sólo nos ofrece un mejor entendimiento de las relaciones entre los sexos sino que también hace surgir un retrato más complejo de las relaciones adultas, laborales y familiares".²⁹

Si no otra cosa, lo que la teoría de Carol Gilligan parece dejar claro, es que, al menos contemporáneamente, existe ya en gran número de mujeres una fuerte tendencia a intentar superar el estadio convencional de la "buena madre" o la "buena esposa", cuyo cuidado se dirige preferentemente, cuando no exclusivamente, a los otros, reconciliando el cuidado propio y el cuidado ajeno dentro de una ética madura de la responsabilidad frente a los demás y frente a una misma.³⁰

Ahora bien, si hemos de tener en cuenta la interesante aportación de Betty Friedan, habría que añadir que la maduración moral de las mujeres se ve torpedeada continuamente a causa de mecanismos sociológicos

25. CAROL GILLIGAN: *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development*, Harvard University Press, Cambridge, 1982, versión castellana de JUAN JOSÉ UTRILLA: *La moral y la teoría del desarrollo femenino*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985, págs. 41 y ss.

26. JEAN GRIMSHAW: "The Idea of a Female Ethic" ed. P. SINGER: *A Companion to Ethics*, Blackwell, Oxford, 1991, pág. 495 y ss.

27. CAROL GILLIGAN: "Woman's Place in Man's Life Cycle", en *Harvard Educational Review*, vol. 19, Núm. 4, November, 1979, pág. 442.

28. *Op. cit.*, pág. 498.

29. *Op. cit.*, pág. 281.

30. *Ibid.*, especialmente págs. 125-128.

y psicológicos que operan muy enérgica y eficazmente en el proceso de acomodación de las expectativas tradicionales del rol femenino:

“En nuestra cultura, el desarrollo de las mujeres ha sido bloqueado a nivel psicológico sin necesidad de reconocer, en muchos casos, nada más elevado que la necesidad de amor o satisfacción sexual. Ni siquiera se les reconoce a las mujeres la necesidad del auto-respeto, la auto-estima o la estima de los demás... La auto-estima en la mujer, como en el hombre, sólo puede basarse en la capacidad, la competencia y los logros reales, en el respecto merecido por parte de los demás más que en la adulación injustificada. A pesar de la glorificación de “Ocupación: Ama de casa” si esa ocupación no exige, ni permite, la realización de todas las capacidades de la mujer, no puede proporcionar una auto-estima adecuada, ni mucho menos conducir a un nivel más elevado de auto-realización”.³¹

Mientras que la dimensión pública de la vida y el trabajo masculino favorece el proceso de la búsqueda de principios morales públicamente defendibles, por el contrario, el ámbito privado y doméstico en que se mueven las mujeres aletarga cualquier tendencia más o menos innata a la curiosidad, la búsqueda de originalidad o el intento de ruptura con las pautas establecidas.

Si es cierto que el proceso de autodeterminación es realmente difícil y esforzado, por más que resulte sumamente gratificante para cualquier ser humano, dado que el desarrollo moral implica, de alguna manera, como condición necesaria, si bien no suficiente, un desarrollo cognoscitivo parejo, y puesto que la educación propiamente femenina ha soslayado históricamente el desarrollo de las capacidades de razonamiento crítico, nos encontramos con el dato histórico indiscutible de que los miembros del sexo femenino no han sido entrenados debidamente para desarrollar su intelecto adecuadamente y, por consiguiente, resultan seres incompetentes para elaborar criterios morales y realizar razonamientos éticos desde un punto de vista crítico y filosófico.

No me detendré aquí en el examen de los escollos que la “naturaleza” y determinadas formas de vida han ido poniendo a la emancipación y autodeterminación *moral* de la mujer, si bien no conviene olvidar, como Simone de Beauvoir señala, que el triunfo del patriarcado no fué ni un azar ni el resultado de una revolución violenta:

“Desde el origen de la Humanidad su privilegio biológico ha permitido a los varones afirmarse exclusivamente como sujetos soberanos”³², lo cual por supuesto no prueba otra cosa que “si la fuerza corporal es la me-

31. *Op. cit.*, pág. 273. Traducción personal.

32. SIMONE DE BEAUVOIR: *Le deuxième sexe*, 1949, trad. cast.: *El segundo sexo*, Aguilar, México, 1981, pág. 91.

dida de la superioridad los seres humanos —como afirmará J. S. Mill— los seres humanos no son mejores que los salvajes”.³³

Es un hecho, lamentable, que la fuerza “salvaje” se ha impuesto, de modo que un naturalismo crudo determinó a un tiempo la sumisión de la mujer y su exclusión del proceso productivo, a causa, como diría Beauvoir, también, de su sometimiento al “misterio de la vida”, lo cual produjo el deprobable resultado de no ser reconocida por el varón como su semejante.³⁴

No obstante lo dicho, una vez que las mujeres muestran ser capaces de enfrentarse con lo que pareciera ser su “natural” destino, se pone de relieve que no es su supuesta inferioridad intelectual lo que ha determinado su insignificancia histórica, sino que ha sido su insignificancia histórica lo que la ha destinado a la inferioridad.³⁵

El problema radica, precisamente, en las dificultades de todo orden que la mujer encuentra para trascender un orden “físico” y “metafísico” creado por los hombres, o para liberarse del nivel de la moral convencional en el que toda la virtud que de ella se requiere depende casi siempre de la belleza física³⁶ o su capacidad de valorar al varón intelectualmente más que de valorarse a sí misma.

Si a todo lo anterior se agrega que la capacidad de la mujer de hacerse agradable, manejable, su propia debilidad y vulnerabilidad, son las armas que le proporcionan “fuerza” y le llevan al “triunfo” se comprenderá que el espinoso camino hacia la vida intelectual y moral libre y autónoma sea eludido las más de las veces “voluntariamente”, e incluso “deliberadamente”.

Más aún, si por añadidura tenemos en cuenta que, como Simone de Beauvoir apunta, “al lado de la pretensión de todo individuo por afirmarse como sujeto, que es una pretensión ética, también hay en él la tentación de huir de su libertad”, vemos fácilmente cómo la mujer sucumbe ante el truculento señuelo, haciéndose “presa de voluntades extrañas”, pero evitando de esta forma “la angustia y la tensión de una existencia auténticamente asumida” por lo cual no será de extrañar, que “el hombre que constituye a la mujer en un *Otro*, hallará siempre en ella profundas complicidades”.³⁷

Porque lo cierto es que “los hombres encuentran en su compañera más complicidad que la que habitualmente encuentra el opresor en el oprimido”³⁸ de suerte que ella acepta, alegremetne, un universo de

33. J.S.W. Mill: “On Marriage” en *Collected Works*, XXI, pág. 42.

34. SIMONE DE BEAUVOIR, *Op. cit.*, pág. 92.

35. *Ibid.*, pág. 135.

36. *Ibid.*, pág. 275.

37. *Ibid.*, pág. 25.

38. *Ibid.*, pág. 858.

mentiras que la convierten en un ser “importante” en su “impotencia” e “insignificancia”, mientras que la “invitan a seguir en la pendiente de lo fácil”.³⁹

Comparto totalmente la tesis central de la teoría feminista de Simone de Beauvoir al destacar que éste es el mayor perjuicio, el peor crimen contra la mujer, a la que “desde su infancia, y a lo largo de toda su vida, la miman y la corrompen (cursivas mías), designándole como vocación esa dimisión que tienta a todo ser angustiado por su libertad... así es como se educa a la mujer, sin enseñarle nunca la necesidad de asumir por sí misma su existencia; y ella se abandona de buen grado, contando con el amor, la ayuda, la dirección de otro; se deja fascinar por la esperanza de poder realizar su ser sin hacer nada”.⁴⁰

El corromper moralmente a la mujer, empujándola suavemente por la pendiente fácil de la autoperversión, es el crimen por antonomasia de una sociedad insensible, generalmente, a los valores de la libertad personal, la creatividad y la autodeterminación moral, como elementos imprescindibles de una vida profundamente gratificante.

Por supuesto que la mujer en cuanto que co-educadora es, en cierta medida, co-protagonista en el proceso de su propia destrucción moral. Su falta de conocimiento del valor de la auto-determinación que nunca ha disfrutado no la exime totalmente de responsabilidad, pero sí explica las dificultades inherentes a la puesta en marcha del proceso de autonomía moral de la mujer en cuanto que ello requiere de un esfuerzo inicial aparentemente penoso que, sin embargo, sorprendentemente, resulta enormemente gratificante ya desde el inicio.

Es el desconocimiento el valor de la libertad como componente insustituible del bienestar humano uno de los factores que determinan la caída de la mujer en el simple contento, en el puro conformismo, que ha sido inteligentemente distinguido por Mill de la felicidad.

Reconocer las dificultades del proceso de autodeterminación moral de las mujeres es un primer paso necesario para comprender que nos encontramos ante un caso de “sometimiento” y “opresión” singular y único, que requiere, así mismo, un tratamiento singular y excepcional.

O se consigue que la autonomía moral sea apetecida, deseada y reivindicada por las mujeres como una fuente de satisfacción personal que les ha sido arrebatada, como una liberación individual más que como una carga, por costoso y esforzado que sea su logro o, de otro

39. *Ibid.*, pág. 858.

40. *Ibid.*, pág. 858.

modo, cualesquiera que sean los derechos reconocidos por las leyes positivas, las mujeres tenderán a renunciar voluntariamente a los beneficios que se derivarían de la consolidación y sustantivización de las igualdades formales que en las democracias occidentales ya han sido reconocidas.

III. ¿ES BENEFICIOSA Y RELEVANTE LA AUTONOMÍA MORAL DE LAS MUJERES PARA LA OTRA MITAD DE LA RAZA HUMANA?

La mayoría de los defensores de la autonomía moral de las mujeres han tratado de demostrar que la misma supondría beneficios importantes para la raza humana en su conjunto, destacándose en este sentido, con buen tino, las ventajas que se derivan de una relación cooperativa entre los sexos una vez superadas las tensiones entre “dominadores” y “dominadas”.

La minoría de edad de las mujeres, como una serie de autores han destacado, no sólo ha sido, y sigue siendo, lesiva para su propia dignidad, su propia auto-estima, sino que tiende a producir seres humillados, serviles, que en-gendran humillación y servidumbre, y como animales domesticados practican de forma sutil una tarea devastadora desde su degradada condición.

La falta de una visión de conjunto de los acontecimientos y relaciones humanas hace que las mujeres recluidas en el ámbito de la inmediatez del hogar se tornen estrechas de miras y faltas de generosidad para la generalidad de los humanos, como Mill puso de relieve.⁴¹

Como también señala este autor, la mujer no autónoma, no liberada de las servidumbres de la moral convencional, será un grave estorbo para su compañero cuanto éste intente realizar algo que le enfrente a la opinión común⁴², retrasando, e incluso impidiendo, así mismo, la maduración moral de los varones y su desarrollo personal hasta alcanzar el nivel post-convencional.

La unión ideal entre mujer y varón, compartiendo pensamientos, sentimientos e ideales comunes, se verá así mismo imposibilitada mientras las hembras humanas sean “dependientes”, carentes de personalidad, mientras los sueños de la mayoría de los varones se encarnen en mujeres-sirena, como Barbara Gordon ha ironizado.⁴³

41. *The Subjection of Women*, en *Collected Works*, XXI, pág. 330.

42. *Ibid.*, pág. 331.

43. BARBARA GORDON: *Jennifer Fever*, Fontana/Collins, USA, 1989, págs. 305-106.

Por lo demás, desde un punto de vista puramente pragmático, resulta simplemente un derroche la no utilización de las capacidades mentales e intelectuales de la mitad de la humanidad.⁴⁴

A todo lo cual habría que añadir las pérdidas morales que el varón experimenta, por una parte viéndose empujado a actuar como un “dictador” más o menos benévolo o malévolos, según los casos, que actúa de “mala fe” fingiendo no saber que la justicia no está precisamente de su parte, conociendo en la intimidad de su conciencia que es un explotador que se beneficia simplemente de la ignorancia de su compañera de vida o de lecho. Por otro parte la “sumisión moral” del varón que, por complacer a su compañera se ve constraído a vivir una existencia inauténtica, buscando más bien el éxito social que garantice su prestigio dentro de la pareja, que vivir de acuerdo con una moral de las convicciones propias.⁴⁵ Todo lo cual viene a confirmar lo ya anticipado respecto a que la carencia de autonomía moral en las mujeres tiene como contrapartida, a su vez, la ausencia de un desarrollo moral satisfactorio en los varones.

Es un hecho innegable que en muchos aspectos la división de papeles sociales de antes y de ahora, en función del sexo perjudica materialmente, físicamente e incluso psíquicamente, a la mujer de un modo muy especial.

Si contemplamos lo que sucede hoy en día nos encontramos con la falta de estímulos, por un lado, para acceder a profesiones o tareas social o políticamente relevantes, o con la repulsa masculina, o un cierto rechazo varonil, más o menos sutilmente o burdamente expresado, en aquellos poco frecuentes casos en los que la esposa o compañera alcanza algún “triunfo profesional”, lo que habitualmente inhibe las tendencias femeninas al desarrollo profesional o una cualificación laboral, arrinconándolas nuevamente en las tareas del hogar, la frivolidad, el tedio o el desasosiego, convirtiéndolas, como dramáticamente y lúcidamente Betty Friedman ha sugerido, en “prisioneras en un campo de concentración”, obligadas a adoptar comportamientos infantiles y perderse en una masa amorfa, como si se tratase de “cadáveres vivientes”.⁴⁶

Por lo demás las mujeres que perseveran en el mundo laboral no corren mucho mejor suerte, “castigadas” a desarrollar una doble jornada, y una duplicidad de roles que las agotan física y psíquicamente, empujándolas convulsivamente a la deserción.

La encrucijada en que se encuentra la mujer contemporánea es compleja: O el retorno a un “paraíso” que la recluye y encarcela, o perseverar

44. J.S. MILL: *The Subjection of Women*, pág. 327.

Véase también MARGARET MEAD: *Male and Female*, Penguin Books, Middlesex, England, 1976 (editado por primera vez en 1949), pág. 339.

45. J.S. MILL: *The Subjection of Women*, pág. 332.

46. BETTY FRIEDMAN: *Op cit.*, pág. 265.

en un medio hostil donde sus esfuerzos por superarse profesionalmente son recibidos con poco entusiasmo, cuando no con abierta repulsa, por sus compañeros de cama, de matrimonio, etc., que pretenden mediante la mística femenina, espléndidamente descrita por Betty Friedam, enterrar vivas a millones de mujeres.⁴⁷

Desde un punto de vista económico, físico o psicológico, los varones parecen hoy en día, como siempre, los “ganadores”, los grandes favorecidos por la biología y el ordenamiento social.

A pesar de todas las apariencias, sin embargo, algo ha cambiado definitivamente en la configuración de los roles masculino y femenino. Aunque se trate de un proceso excesivamente lento, los hombres han empezado a experimentar cierto “malestar en la cultura masculina”, por múltiples motivos, a veces no bien definidos pero que les inducen a la desazón, la perplejidad y un vago sentimiento de “culpa” ante una situación de privilegio y ventajas materiales que saben son totalmente inmerecidos.

Algunos de ellos, incluso, aunque todavía muy pocos, desafortunadamente, están empezando a comprender que su situación no es todo lo airosa que pareciera y que, en una medida importante, han sido empujados a mostrar su masculinidad mediante su papel de “mantenedores” materiales de la familia a causa de las presiones sociales y de las propias demandas y expectativas de muchas mujeres, como Susan Faludi ha comentado recientemente⁴⁸, de tal suerte que *ellos también han sido sacrificados a la moral convencional* que les condenaba a una determinada autonomía, curiosamente no elegida autónomamente, a la vez que eran excluidos de un mundo de virtudes cálidas, femeninas, que pueden ser consideradas, sin duda, en buena medida, superiores a las “virtudes masculinas” de voracidad competitiva, brutalidad en la lucha exterminadora, como Caroline Whitbeck, entre otras autoras han denunciado.⁴⁹

Consideremos, al efecto, un hecho concluyente, que suele pasar desapercibido: la *reclusión* de la mujer en el ámbito privado, ha ido pareja a la *exclusión* de los varones de la *calidez* de los afectos íntimos, con la pérdida de la posibilidad de adquirir virtudes y cualidades que *también* constituyen una vida moralmente autónoma y su realización como seres *humanos*.

Si admitimos por un momento, lo cual parece bastante plausible, que las críticas de Carol Gilligan a Kohlberg son atinadas y relevantes en el sentido de que existen al menos dos modelos de desarrollo y autonomía

47. *Ibid.*, pág. 293.

48. SUSAN FALUDI: *Blasklash*, Crow Pub., Inc., New York, 1991, pág. 457.

49. CAROLINE WHITBECK: “A different reality: feminist ontology” en *Beyond Domination*, ed. por C. GOULD. Totowa, NJ, 1983.

moral que necesitan ser complementados⁵⁰, descubriremos, entre otras cosas que:

1) Si bien la mujer no ha crecido intelectualmente lo que sería deseable, ha logrado, sin embargo, una considerable madurez psicológica generalmente muy superior, en algunos ámbitos, a la de los varones y ha sido capaz en alguna medida de alcanzar *otro* tipo de autonomía moral, basada más en la expansión de los sentimientos de empatía que en el solo razonamiento formal.

2) Si también es cierto que los varones, en su conjunto, *parecen* más autónomos moralmente que las mujeres, especialmente en trabajos de inspiración piagetiana o kohlbergiana, ello se debe a que el paradigma de racionalidad (kantiano) que se ha tomado como modelo es un paradigma que se adecúa mejor a las actitudes masculinas, que un paradigma alternativo humeano o milliano, en donde la empatía, el cuidado y la excelencia propios y ajenos juegan un papel más importante y se acercan más a las “virtudes y actitudes sociales femeninas”.

3) De lo que se sigue que, desde una ética basada más en la madurez de los sentimientos que el puro razonamiento formal, los varones aparecen situados por debajo de las mujeres, mostrándose que su exclusión del ámbito de las relaciones privadas e íntimas les ha dañado en una medida muy semejante al modo en que lo han hecho la *reclusión* en la privacidad de la vida hogareña a la mayor parte de las mujeres.⁵¹

Pudiéndose concluir, en consecuencia que si es de lamentar, como ya se ha comentado, el que la sociedad no se haya beneficiado más que de del desarrollo intelectual de la mitad del conjunto de sus miembros, también, desde una racionalidad femenina, habría que considerar aberrante que sólo la mitad de la raza humana, sus miembros femeninos, hayan adquirido capacidades para las relaciones personales y la vida cotidiana ausentes en el varón: el amor por los detalles, el gusto por el gusto, o el cultivo de los sentimientos afectivos y de empatía, tan descuidado y dejado al azar en los varones.

Por supuesto que soy consciente de que estas conclusiones pueden parecer no sólo paradójicas, sino incluso “extravagantes” y contrarias a la realidad de los hechos, por cuanto el fracaso de la educación moral masculina no ha sido cuestionado hasta nuestro siglo, y sólo por voces muy escasas.

50. *In a different voice*, versión cast., págs. 281-282.

Un lúcido tratamiento de esta misma cuestión puede verse tanto en VICTORIA CAMPS: “El genio de las mujeres” en *Virtudes públicas*, Espasa Calpe, Barcelona, 1990, especialmente pág. 162, como en ADELA CORTINA: “De lo femenino y lo masculino: las virtudes olvidadas en *The moral point of view*”, en: *Ética sin moral*, Tecnos, Madrid, 1990, especialmente p. 313.

51. BETTY FRIEDMAN: *Op. cit.*, pág. 3331 y MARGARET MEAD: *op. cit.*, pág. 344, muestran la deseabilidad de superar este estado de cosas.

Si ello es así se debe, sin duda alguna, a que el *metron* del triunfo no sólo social sino incluso moral ha sido diseñado por varones, por lo que, en buena lógica, ha de resultar cuando menos llamativo lo antedicho, a saber, el poner en tela de juicio que a la postre ellos tampoco han disfrutado de excesiva autonomía moral, puesto que han sido tan fieles como las mujeres a los roles sexuales establecidos, por lo cual, desde cualquier punto de vista que los consideremos, tendremos que situarles no más arriba del nivel convencional de Kohlberg, aunque a ellos, curiosa y paradójicamente la convención les imponga un tipo determinado de "autonomía".

La cuestión obvia a plantearse es la de si se trata de una autonomía elegida, o una autonomía sumida gregariamente, de una autonomía real o de un simple simulacro de autonomía.

El espacio público en que se mueve el varón favorece comportamientos, y especialmente razonamientos, que parecen más maduros que los femeninos desde una óptica kantiana, pongamos por caso, o incluso neokantiana al atenerse, a nivel de razonamiento, a principios universales, a éticas de la convicción más que a éticas del ciudadano, la empatía y la responsabilidad.

Pero si se juzga la conducta masculina desde la óptica de Hume o Mill, por ejemplo, nos encontramos con una serie de graves carencias que son al menos tan de lamentar como las que se aprecian entre los miembros del sexo femenino.

La capacidad de empatía o *sympatheia* se encuentra muy poco desarrollada entre los varones lo que da lugar a comportamientos psicológicamente inmaduros que exhiben un egocentrismo llamativo propio incluso de la etapa pre-convencional de Kohlberg.

Conviene matizar sin embargo lo acabado afirmar, indicando que lo mencionado no significa, al menos siempre, que los varones exhiban criterios de razonamientos preconvencionales, sino más bien conductas consecuentes y coherentes con razonamientos propios de la etapa pre-convencional, conductas que por lo demás saben "racionalizar" o justificar hábilmente de modo que parezcan acomodarse a los principios de universalidad o universalizabilidad, en términos de Hare.

Por supuesto que ello no es sorprendente, por cuanto Kohlberg mismo, entre otros, ya había advertido en este sentido que la madurez del criterio moral no implicaba una conducta moral consecuente con el mismo.⁵²

Tanto para Kohlberg, como ya antes para Piaget, el desarrollo lógico es simplemente una condición necesaria pero no suficiente para un buen razonamiento moral, insistiendo ambos autores en que sus conclusiones

52. KOHLBERG: *The Philosophy of Moral Development*: HAPER and ROW, Pub. 1981, pág. 139.

y presupuestos se referían únicamente a los buenos razonamientos y no a las buenas conductas.⁵³

Como quiera que las investigaciones tanto de Piaget como de Kohlberg son complejas, prolíferas y presuponen la utilización del método psicológico y filosófico al propio tiempo, una respuesta adecuada requiere una elaboración así mismo muy detallada, compleja e interdisciplinar, lo cual ha hecho que sus aportaciones y conclusiones hayan sido sólo parcialmente contestadas. Se trata por consiguiente, de una teoría pendiente de debate aunque algunos autores, como Peters o Gilligan, hayan hecho ya contribuciones sustanciosas.

Algunas de las preguntas pendientes de respuesta, y que merecen una seria consideración, serían, entre otras:

¿Hemos de considerar como seres *moralmente* autónomos a aquellos que razonan de acuerdo con el paradigma kantiano utilizado en el modelo post-convencional de Kohlberg o habría que exigir una empatía generalizada que supere a un tiempo las éticas del sacrificio y la abnegación y las éticas del ciudadano propio? O, lo que es igual ¿Hemos de medir la madurez moral, o el grado de autonomía, por la capacidad de ofrecer razonamientos moralmente válidos, kantianos, utilitaristas, o de otro tipo, o por el tipo de conducta mostrada, de acuerdo con principios kantianos, utilitaristas o de otro tipo?

Incluso resulta del todo pertinente preguntar, siguiendo a Peters, si es posible, en ausencia de un desarrollo de la empatía en la edad infantil alcanzar un desarrollo moral adecuado a nivel del razonamiento en la edad adulta.⁵⁴

Aunque se carece que yo sepa, de estudios comparativos científicamente constatables del desarrollo de la empatía en la población infantil de ambos sexos, sentimientos como la ternura son inhibidos en los varones en edades tempranas, como puede apreciarse a través del mundo de la literatura y de algunas confesiones autobiográficas, o en la convivencia cotidiana.

Si a las niñas se les empuja a un mundo de sensibilidades superdesarrolladas que suele degenerar en mera sensiblería, a los niños se les inhibe la facultad de demostrar públicamente sus afectos y en nombre de la virilidad se les amputa, por regla general, la capacidad para unas relaciones psicológicas íntimas y fluidas con los restantes seres humanos.

53. JEAN PIAGET: *Le jugement moral chez l'enfant*, versión cast, de NURIA VIDAL: *El criterio moral en el niño*, Ed. Fontanella, Barcelona, 1983, pág. 335.

Kohlberg: *op. cit.*, pag. 138.

54. R. S. PETERS: *Moral Development and Moral Education*, GEORGE ALLEN and Unwin, London, 1981, versión cast. de EDUARDO L. SUAREZ: *Desarrollo moral y educación moral*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, págs. 198-201.

La debilidad psicológica, rayando incluso en lo patológico, de los grandes genios, y de individuos carentes de genialidad en absoluto, su dependencia de la madre o la figura femenina que la sustituye, podría tener una explicación no necesariamente freudiana. Cabe la hipótesis, a mi modo de ver más verosímil, de que el aferrarse a la madre por parte de los varones, sea una manera torpe de recuperar el mundo de afectos reprimidos de los que han sido históricamente privados.

El estado moralmente lastimoso en que la mayoría de los varones se encuentran, obligados a fingir una fortaleza psíquica de la que ordinariamente carecen, empujados convulsivamente a una moral agonal del triunfo que absorbe sus mejores energías, es algo que algunas autoras están empezando a sacar a la luz pública⁵⁵, aunque aún no ha sido estudiado suficientemente.

Resulta en cierto modo llamativo, y hasta escandaloso, que a esta altura de los tiempo la mayoría de los varones no haya comprendido lo que ya la mayoría de las féminas, incluso las menos instruidas, han comenzado a intuir: A saber, que el reparto de los roles sociales en función del sexo no es todo lo conveniente o fecundo que autores reputados como Margaret Mead habían considerado.⁵⁶

Bien es verdad que la esquisitez de algunos valores morales requiere de una sutileza importante para que sean detectados. En su ausencia se tornan prácticamente invisibles para una gran masa de varones abocados a una vida psíquica carente de excesivos matices.

Es de esperar, sin embargo, que, paradójicamente, la mujer secularmente postergada, disminuida y sometida, con su lucha apasionada de ya más de dos siglos por su liberación moral, pueda hacer comprender a la otra mitad de la humanidad, que los seres humanos o se emancipan juntos por medio de la inteligencia y la sensibilidad compartidas, o juntos permanecerán, más allá de las apariencias, sometidos al hado, el destino, las fuerzas biológicas y sociales.

55. FALUDI, *op. cit.*, pág. 454.

56. *Op. cit.*, pág. 37.

